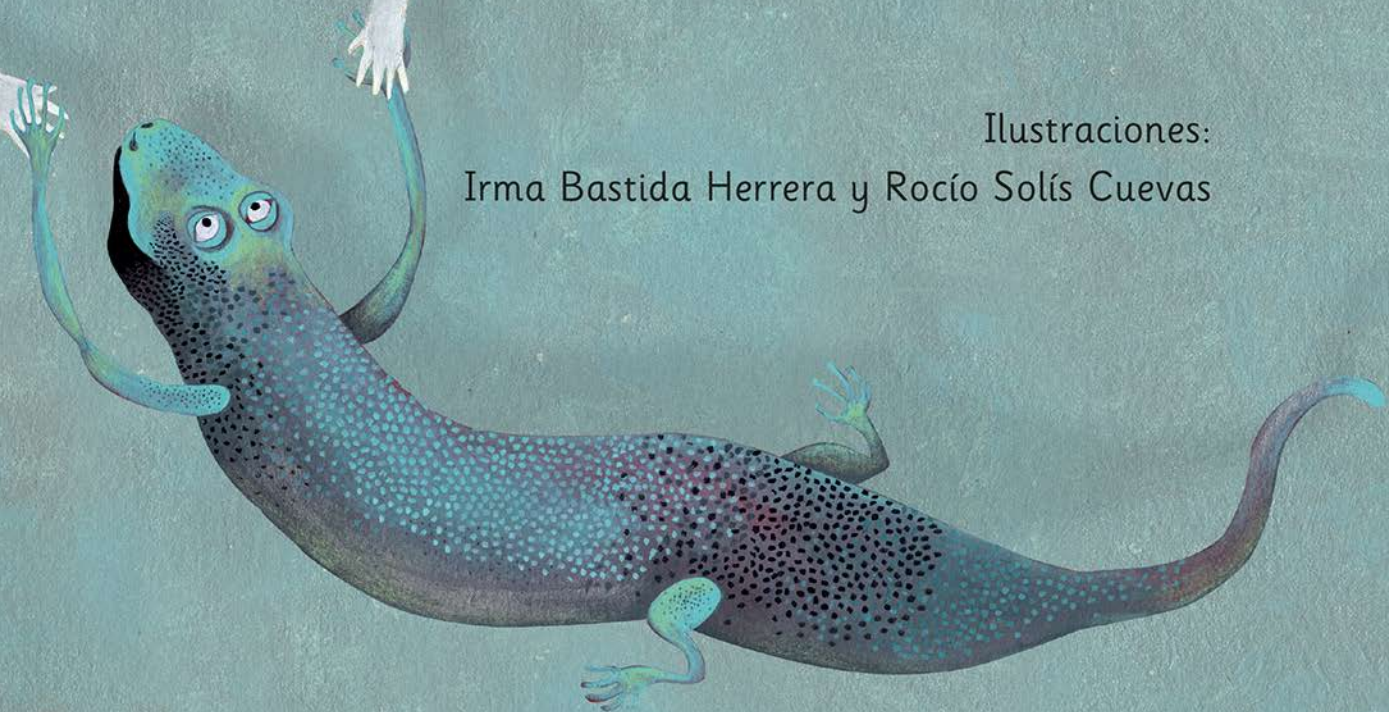




Octavio, ¿un pug chiflado?

Irma Calvo

Ilustraciones:
Irma Bastida Herrera y Rocío Solís Cuevas





Octavio,

¿un pug chiflado?



Irma Calvo obtuvo la mención honorífica de cuento en el VII Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2015. El jurado estuvo integrado por Flor Cecilia Reyes, Andrés Acosta y Elman Trevizo.

Octavio, ¿un pug chiflado?

Irma Calvo

Ilustraciones: Irma Bastida Herrera y Rocío Solís Cuevas



foem
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Alejandro Fernández Campillo
Secretario de Educación

CONSEJO EDITORIAL

Presidente

Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros

Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Marcela González Salas y Petricioli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo

Roque René Santín Villavicencio

Octavio, ¿un pug chiflado?

© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2016

© Segunda edición, 2018

D. R. © Gobierno del Estado de México

Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C. P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Irma Esther Calvo Díaz, por texto

© Irma Bastida Herrera y Rocío Solís Cuevas, por ilustraciones

ISBN: 978-607-495-486-9

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 205/01/17/18

Impreso en México / Printed in Mexico

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

DIARIO
El Solcito

Mañanero

JUEVES 25 DE FEBRERO DE 2016 CIUDAD DE MÉXICO | 76 PÁGINAS

infraganti ¡DETENEN A SOSPECHOSOS DE ROBO DE
LOS HUEVOS DE DOÑA HERLINDA! / pág. 6



Verdades

COLUMNA DE OPINIÓN / J. Alatorre

Octavio, ¿un pug chiflado? pág. 9

SE RIEGAN
JARDINES
A DOMICILIO

SE RENTA



Cabeza
para pájaros

Mayores informes:
32320021230
Despietada Compulsora

VENDO



Farmacia

no me
queda
más
remedio

¿PROBLEMAS PARA
DESPERTAR?



GRANOS ORGÁNICOS DEL VALLE DE URECHO

Limpia Rápido



¡Su casa limpia
en media hora! 3-09-64

¿CANSADO DE LA ASPEREZA DIALIJA?

La-
na-
tica



LANA 100%
ORGÁNICA
LIBRE
DE
COLORANTE
MÁS BLANCA
LECHE, MÁS
QUE LA ESPU
QUE LA SUAVE
MA!!!

SE HACEN
-AMARRRES
' DESAMARRRES-
...



estética siempre BELLA
ofrece

GRAN SURTIDO
EN PELUCAS
DE PLUMAS DE
GUADALUPE
100% ORGANICAS
LIBRES DE COLORANTE



VENDO
MÁQUINA
D ESCRIBIR



SÓLO L HAC
FALTA UNA
T CLA

Verdades



Su servidor llegando a la oficina de redacción.

Columna de opinión, por J. Alatorre

Saludos cordiales desde esta redacción a mis queridos lectores. Los he extrañado a lo largo de estas semanas de ausen-

cia y agradezco sus muestras de afecto y solidaridad durante mi estancia en el hospital. Sí, es cierto, últimamente he tenido mala pata con eso de los accidentes. Algunos de ustedes ya tuvieron a bien llamarme J. en la Torre. ¡Ja! Supongo

que no están tan equivocados con el nuevo apellido, aunque espero que la mala racha haya terminado y pueda recuperar pronto mi nombre. Y mi cola. Eso de ser una lagartija periodista tiene sus ventajas (como el poder escabullirte fácilmente) y sus desventajas (como lo demuestra la falta de tan importante apéndice. Un sustito, un atorón=reportero descolado).

Reciban también un abrazo quienes nos leen por primera vez. Me permito darles la bienvenida a este espacio y hacer una aclaración que considero pertinente: aquí nos gusta hablar de personas, hechos y cosas comunes que, bien mirados, tienen bastante de extraordinario. El día de hoy no podría haber encontrado un mejor ejemplo. Dedicaré mi reflexión a un pug llamado Octavio. ¿Cuántos perros de esta raza habrá en la ciudad? ¿Cientos? ¿Miles?





Sin embargo, Octavio es único, excepcional.

También es modesto, por lo que seguramente se opondrá a mi elección de adjetivos. Dejemos que ustedes, apreciables lectores, decidan si estoy o no en lo correcto. Para iniciar, pónganse en mis zapatos e imaginen que, siguiéndole la pista a una noticia, se cuelan a una bodega abandonada que se sospecha es usada por malhechores... y eso es lo único que recuerdan. Un par de días después, abren los ojos tendidos en una cama de hospital donde se enteran que no solamente





se desmayaron sino que han perdido la cola, que tienen un chichón más grande que su propia cabeza y que estuvieron a punto de morir en el incendio que consumió dicha bodega. Una enfermera les dice también que no estarían vivos si no hubiera sido por un pug robusto y de pelo casi blanco, quien realizó actos verdaderamente osados para salvarles.

¿No querrían ustedes agradecerle? Yo también quise hacerlo, por supuesto. Una vez que fui dado de alta, me di a la tarea de encontrarlo. Indagué por aquí, pregunté por allá y me llevé nuevas sorpresas: mi salvador es un perro con capacidades diferentes, el cual ha superado muchos obstáculos a lo largo de su vida. Además, no soy la única criatura a la que ha salvado de un final terrible. Como quien dice, es un héroe consuetudinario.

Tras estos descubrimientos ya no sólo sentía agradecimiento sino también curiosidad y admiración. ¡Tenía que conocerlo! Le llamé por teléfono, le dije que quería invitarlo a comer como muestra de mi aprecio y, entre rebanadas de pizza de *pepperoni* (su comida favorita) y buenas anécdotas, me di cuenta de que estaba frente a un tipazo cuya historia es digna de ser contada.

En un principio él no estaba muy contento con la idea, pero finalmente me dio su aprobación para realizar esta nota. De modo que me trasladé a Angangueo, Michoacán, el pueblo donde nació, y visité la granja donde vivió los primeros años de su vida. Allí fui amablemente recibido por la señora Camila Sancho-Ronda, su exdueña, quien me permitió quedarme en su casa para poder platicar con quienes lo conocieron antes de su transformación.

Muchos tenían algo que aportar. Agradezco los comentarios de cada uno, aunque por cuestiones prácticas no podré incluir todo el material. Revisé mis notas, escogí las entrevistas más representativas, organicé la información en mi cabeza y concluí que debía comenzar, aunque parezca poco imaginativo, a la manera de las biografías tradicionales: con el día de su nacimiento, ya que fue durante esos primeros momentos, cuando sus pulmones se acostumbraban a llenarse de aire, que sucedió algo que cambiaría el resto de su existencia.

Aquí tienen, de la boca, el hocico o el pico de quienes tuvieron relación con él desde pequeño, la historia de Octavio, o como le decían algunos lugareños, *el Pug Chiflado*.

ENTREVISTA
CON

Manuela,



Manuela y comensales en la cantina
La Tranca de Oro.

La llegada de los pevitos Sancho-Ronda

Manuela es una tarántula rubia que atiende la cantina que está tras la cerca de la granja, pero antes de encontrar este tra-

bajo vivió en el granero de los Sancho-Ronda. Una vez que le comenté acerca de mi investigación, accedió a platicar conmigo en lo que terminaba su turno, dejándome sorprendido con su habilidad de destapar botellas, limpiar el mostrador, hablar y cobrar. Todo a la vez.

—**¿Qué tan bien conoces a Octavio, Manuela?** —pregunto.

—Uy, a esos perritos los conozco desde que llegaron al mundo. Era 21 de marzo; lo recuerdo bien porque el día era el ejemplo perfecto de lo que la primavera debe ser: cielo azul, árboles y arbustos floreciendo, pájaros cantando entre las ramas, pero Tomasa Botella, la trabajadora de la granja, andaba de mal humor, como de costumbre.

”La dueña de la propiedad, la señora Camila, le había dicho:

”—No me tardo, Tomasa, ahí le encargo mucho a mi Minerva. El doctor dice que los cachorritos nacerán en dos semanas, pero debemos estar preparados.

”—Ai le encargo a mi Minerva —re-funfuñaba Tomasa, remedando a su patrona al tiempo que echaba granos de maíz a las gallinas.

”Estaba molesta porque la señora Camila iba a comprar galletas y dulces para su mascota favorita y cobijas y biberones para los cachorritos. Tenía envidia de que



la perra, que no hacía nada más que estar echadota todo el día (según ella), recibiera tantos mimos, mientras que ella, que hacía el trabajo pesado, no comía postres importados. Y así, trabajando y rezongando, rellenó los abrevaderos de la vaca y las cabras y luego se puso a desyerbar el huerto.

”A eso del mediodía el sol le quemaba la cabeza, aun con el sombrero que llevaba.

”—*Se me va a cocer el cerebro*—masculló. Y se dirigió a la cocina para tomar su almuerzo y descansar.

—**Por lo que cuentas se lo tenía merecido, ¿no crees?**—comento—. **Me parece que había trabajado duro.**

Manuela hace un gesto que es el equivalente arácnido a encogerse de hombros.

—Supongo, no me agradan los que se quejan todo el tiempo. El caso es que la idea de comer le mejoró el humor in-



mediatamente. Hasta se puso a silbar. Justo antes de entrar a la casa grande se quitó las botas, ya que la cocinera la había amenazado con hacerla limpiar el piso si volvía a llenárselo de lodo.

—*Buenos días, comadre. Vengo a echarme un taquito de lengua y otro de lo que tenga por ai.*

Las dos rieron ante el ingenio de Tomasa, pues el famoso ‘taquito de lengua’ no era otra cosa que chismear un rato. La cocinera le sirvió albóndigas, arroz y se puso a calentar tortillas.

—*¡Regáleme agüita, comadre! —pidió Tomasa, chapeada como un tomate—. Está haciendo un calorón del demonio.*

Se les fue más de una hora platicando. Hasta que Lola de plano la corrió.

—*Perdóneme, comadre, pero tengo que terminar la comida. La patrona no debe tardar en llegar.*

Tomasa se paró con flojera, pero no le quedó otro remedio que regresar al trabajo.

—*Oiga, comadre, por cierto —dijo antes de salir—, ¿no ha visto a la Minerva?*

—*No, comadre. No la he visto en todo el día.*

—*Bueno, por ai me avisa si la ve. Ya ve cómo es la patrona de ideática con esa canija perra.*

—*Claro, comadre, usted no se apure.*

—*Ta güeno, me voy a limpiar el granero.*

Resoplando un poco, porque la panza no la dejaba moverse con facilidad, Tomasa se calzó las botas y se fue.

ENTREVISTA CON
LA MISMÍSIMA

Tomasa Botella



La señora Tomasa en el portal de su casa.

Un pevito estrellado

La señora Botella es todo un personaje. Como bien decía Manuela, su sobrepeso es evidente; yo creo que no se ha visto los dedos de los pies en muchos años por-

que su voluminoso vientre no se lo permite. Tiene ya un tiempo de estar retirada y no parece hacer más que abanicarse en el portal de su casa mientras ve las nubes pasar. Allí es donde me recibe para platicar de Octavio.

—¿Se acuerda, Tomasa, del día que Octavio nació? —le pregunto.

A pesar de sus años ella asiente con vigor y retoma, por así decirlo, el relato de Manuela.

—Después de comer, agarré la horca pa ponerme a cambiar —dijo. Al ver mi expresión de ciudadano ignorante, en su rostro aparecen cientos de arrugas y me muestra una sonrisa desdentada—. No para matar a nadie, joven, la horca es como un tenedor grandote que sirve pa mover la paja.

”¡Ay, Señor, Señor! —exclama, sacudiendo la cabeza—. Ese día mi pobre espalda me dolía retiharto. El trabajo de la granja es bien pesado y nunca se acaba. Ahí me tiene moviendo montones de paja de un lado pa'l otro cuando ojí un ruido raro, una especie de chillido.



”‘Híjole’, pensé, ‘que no sea una rata. Las ratas me dan harto asco’.

”Mejor cambié la horca por una pala que me serviría mejor pa’plastar al animalito, pero imagínese mi sorpresa cuando, detrás de las pacas de alfalfa, me topo con la Minerva. ¡La muy condenada estaba

dando a luz! ¡Santa virgen de San Juan! ¿Y ahora qué iba a hacer? Según la seño Camila, los perros finos no tienen a sus bebés así como así. Un doctor debía estar presente por si había compli... compli... bueno, por si la cosa se ponía color de hormiga.

”‘¿Y ora?’ me dije. Por los ruidos que estaba haciendo, la perrilla la estaba pasando mal.

”Con todo y mis achaques, salí corriendo pa la casa.

”—*¡Comadre! ¡Comadre!* —le grité a la cocinera—. *Llámele al doctor Martínez y también a la patrona. ¡La Minerva está pariendo!*

”Dejé a mi comadre pegada al teléfono y córrele de regreso al granero. No sabía qué hacer. La perrita gemía bajito, bajito.

”‘No te puedes quedar así sentadota nomás, Tomasa’, me dije. Y me puse a

hacerle de partera. Después de todo, había ayudado a vacas, chivos y borregos a traer a sus crías a este mundo. Incluso había tenido que’charle la mano a mi prima Milagros y mi sobrino no quedó tan mal. ¿Qué tan difícil podía ser?

”Pos resulta que bastante. Dos horas después estaba sudando a mares. La Minerva había parido tres cachorros, pero parecía que todavía tenía ganas de tener más.

Tomasa sonrío al recordar y comenta: —Estaban bien simpáticos todos, con sus carillas chatas y sus ojitos cerrados. Hasta el momento, había dos jaspeados y uno blanco. Ése era el más bonito. ¡Y el más grandote también! Lo agarré con una sola mano. Verdad de Dios que estaba rebonito.

En este momento hace una pausa y pregunta:





—¿Para qué periódico me dice que trabaja, joven?

—**Para *El Solecito Mañanero*.**

La vieja mujer entorna los ojos y por un momento me parece que se ha quedado dormida. Finalmente, resopla y comenta:

—No, la señora Camila no lee ese periódico.

Hace una pausa y la miro sin comprender muy bien lo que pasa por su cabeza.

—Verá usted —dice, reiniciando su narración—, lo que pasa es que voy a contarle un secreto: estaba yo embelesada viendo al perrito blanco cuando el grito frenético de la señora Camila se escuchó en el granero:

”—*¡Tomasa! ¿Dónde está Minerva?*

”Entiéndame, joven, yo andaba recansada y no la oí llegar. Ese grito me

espantó muchísimo; tanto, tanto que el perrito... se me cayó. ¡PAF! En un segundo tengo al bodoque en la mano y en el siguiente, nada. Lo bueno fue que'l suelo del granero estaba cubierto de paja. Medio. Así que, m'ice la loca y con la punta de la bota empujé al pequeñín para que quedara al lado de su mamá.

—*¿S-sí señora?* —contesté con voz temblorina.

—*¿Dónde está Minerva? Traigo conmigo al doctor Martínez.*

—*Miasomé desde detrás de la alfalfa.*

—*Aca'nda, señora.*

—*Dos horas y tres cachorros después, el doctor Martínez se había ido, pero antes le dijo a la señora Camila que hiciéramos un corralito limpio para toda la familia.*

—*Hay que estar al pendiente de que Minerva no presente signos de infección y también de que los bebés respiren ade-*

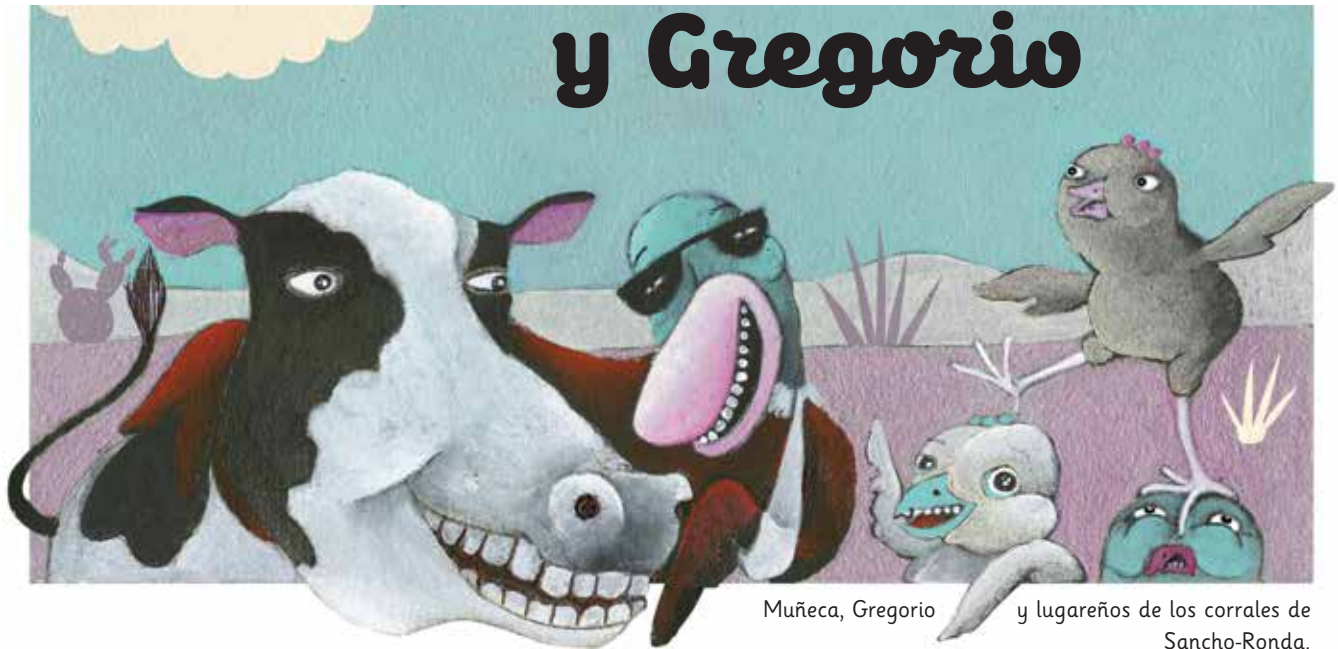
cuadamente —nos encargó—. Por cuestiones de higiene, señora Sancho-Ronda, no le recomiendo que use esas sábanas tan bonitas. A menos que quiera estar lavando noche y día. Mejor póngales periódico.

—El comentario borró la sonrisa de la señora, que venía cargando sus sábanas pípiris nais, pero la verdá a mí me dio gusto que el doctorcito no fuera tan remilgoso como ella. Manque el gusto me duró poco. A los cachorros les dieron nombres de importantes personas que se de la antigüedad: Sócrates, Nerón, Atenea, Aquiles y Sofía fueron los hermanos del perrito blanco, al que llamaron Octavio.

ENTREVISTA
CON LA

Muñeca

y Gregorio



Muñeca, Gregorio y lugareños de los corrales de Sancho-Ronda.

Diferente

Uno podría pensar que un cuadrúpedo con ubres y ojos soñadores y un palmípedo que vuela y parpa (o lo que es lo mismo, hace cuac cuac) no tienen muchas cosas en común, pero tanto la vaca lechera de

la granja Sancho-Ronda, apodada Muñeca, como el pato Gregorio, que lleva ya varios años de refugiado allí, provienen de Canadá y, como sucede comúnmente entre compatriotas que se encuentran fuera de su país, de esa coincidencia surgió una amistad.

—Escuché que Octavio tuvo un accidente casi al nacer —comento—, ¿ustedes vivían aquí cuando eso sucedió?

Es la Muñeca quien responde:

—*iOf course!* Siempre sospeché que su caída le dejó secuelas. Bastaba con poner atención para darse cuenta de que algo estaba mal con el cachorro blanco.



Sus ojos, por ejemplo, solían —¿cómo dicen aquí?— “írsele de viaje” y el problema empeoraba porque cada uno tomaba camino por su cuenta. Eso provocaba que Octavio constantemente tropezara, chocara y equivocara la ruta. *¿Right, Gregorio?*

El pato abrió el pico, pero la vaca lo cortó:

—Como la vez que quiso llegar al estanque por su cuenta:

”—*Munieca* —me preguntou ese día—, *¿has visto a mis hermanous?*

”Yo estaba mascandou mi desayuno, y con la boca llena (gesto que no es de mala educación entre los de mi especie) contesté:

”—*No, Octavio. No están en el granerou. ¿Por qué no le preguntas a Misifús?*

”Octavio movió su nariz con desagrado.

”—*Ningunou de los gatos me cae bien, Munieca. Siempre me están molestando.*

”Nou supe qué responder a eso, porque era cierto.

”—*Tal vez Rayou lo sepa* —sugerí.

”La colita de Octaviou se movió con emoción. Pienso que el caballou le parecía un poquito atemorizante; es enorme y seriou, pero al menos tiene buenos modales.

”—*¡Tienes razón!* —me dijo—. *Voy a buscarlo.*

”Sin embargou, sus planes fracasaron porque, al echar a andar, se estrellou con la cubeta de leche recién ordeñada y se la tiró encima el pobrecillou. Con el susto jaló aire y la leche se le metió por la nariz. Empezó a atragantarse, era clarou que no podía respirar. Me espanté muuuu-chísimo y quise ayudarle. Había escuchado que un remediou cuando alguien se atraganta era darle palmaditas en la espalda, ipero yo no tengo palmas!, así que

decidí usar mi cola para la maniobra: hice *strike* en el primer intento y también en el segundo. El perito seguía tosiendo desesperadamente. Me puse muuuuy nerviosa, doblé las patas traseras, tomé vuelo con mi cola y...

El pato, que había estado escuchando pacientemente, interrumpió a su amiga en este punto.

—La Muñeca le dio al cachoro un colazo TAN fuerte que lo elevó por los aires. Yo, por mi parte, no tenía ni idea de lo que pasaba allá abajo; ievaba una grande preocupación en mi cabeza porque estaba viajando en solitario de regresou a Canadá.

—**¿Y eso?** —pregunté—. **¿No se supone que los patos vuelan en bandadas?**

El pato se removió en su asiento claramente incómodo y por el rabillo del ojo pude apreciar la expresión divertida que

apareció en la cara de la Muñeca mientras arrancaba trozos de pasto tierno a un lado de nosotros. Esperé un momento en silencio hasta que Gregorio se decidió a hablar.

—*You see*, mi familia y amigos habían migrado a Canadá unos días atrás para pasar aiá la primavera y el verano. Yo, buenou, me avergüenza decirlou, pero por irme de fiesta la noche antes del viaje no escuché mi despertador ni cuando todos se alistaron ni cuando todos se fueron.

—**Debe haber sido una buena fiesta** —dije.

Él asintió con una sonrisita.

—*You know how it is*: el mariachi, la salsa, las cumbias. En este país sí que saben pachanguear. *Anyway*, después de mucho pensarlo decidí ariesgarme y tratar de alcanzarlos. Ese día alcé el vuelo muy temprano desde un lago cercanou;

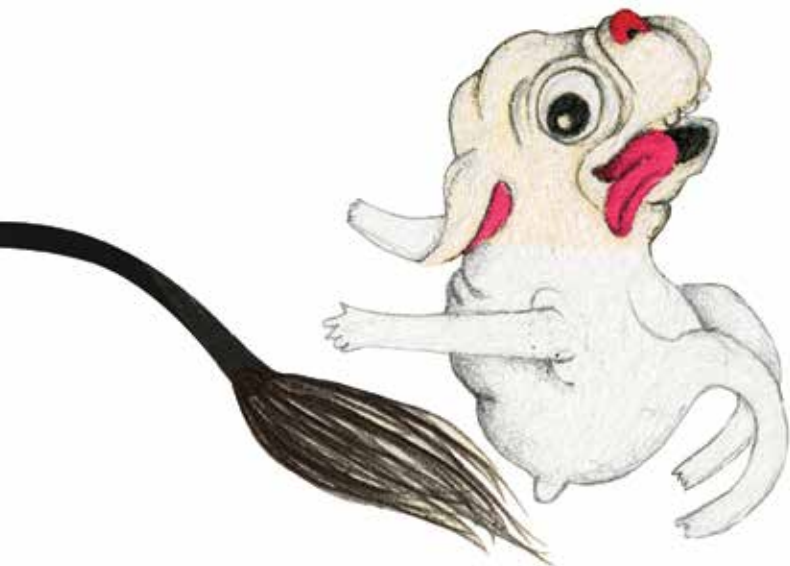
todo iba bien, había visto en el camino algunas mariposas Monarca que me dieron la esperanza de que todavía no era demasiado tarde, pero de pronto, cuando sobrevolaba la granja escuché una voz hacia mi izquierda que decía cada vez más fuerte:

”—*Gracias, Muñecaaaaaaaaa*.”

”Y ¡BAM!, recibí un golpe tremendo que me dejó sin aire.

”¡CUA-UFFFF!’, exclamé. Y caí en picada.

”Tirado en el suelo intentaba entender lo que había pasado. ¿Acaso estaban ioviendo peritos? Con trabajo me



puse de pie, me sacudí el polvo, agité mi cola, abrí mis alas... y sentí un dolor muy grande. Mi ala izquierda estaba rota. ¡No podía creer mi mala suerte! ¿Qué iba a hacer ahora? Esa herida tardaría semanas en sanar. ¡Nunca alcanzaría a mi parvada!

—*Lo sientou, lo sientou de verdad* —me dijo un perito virolo, como dice la gente de aquí. Como usted comprenderá, yo estaba muy agitado y mi reacción fue totalmente visceral.

—*¡NADA DE QUE LO SIENYOU!* —grité—. *¿Ya viste mi ala? ¡Por tu culpa*

no voy a alcanzar a mi novia! Ahorita me las vas a pagar.

La Muñeca interviene en este momento, olvidándose de la hierba jugosa:

—Tiempo después, Gregorio se arrepintió, pero en ese momento empezó a perseguir al cachoro por el patio. Estaba tan enojado que no se dio cuenta de que Octaviou no sabía correr. O, más bien, no podía: en vez de avanzar en línea recta andaba en zigzag y sus patas traseras hacían cabriolas muuuuy extrañas. Eso lo frustraba mucho; su cerebrou mandaba órdenes que las extremidades desobedecían.

—Cuando Gregorio notou los extraños movimientos de la parte posterior del perou, exclamó indignado:

—*¡Hey, deja de hacer eso para que pueda picarte!*

—El pico de Gregorio pasó peligrosamente cerca de la colita enroscada. Octa-

viou quiso apresurar su huida; sus patas por fin hicieron caso, aunque las traseras querían ir a un lugar muy distinto que las delanteras.

”El perito empezó a chillar, lo que materializó inmediatamente a Tomasa. Traía un rastrillo en la mano.

”—¿Qué está pasando aquí? —demandó molesta.

”Al ver la escena, su constante malhumor creció como leche bronca sobre el fuego. Salieron chispas de sus ojos. Nadie podía maltratar a su cachorro favorito y salir ileso.

”—¡MUGRE PLUMEROU CON PATAS! —gritó—. ¡Deja a mi Octaviou o ya verás cómo te pongo!

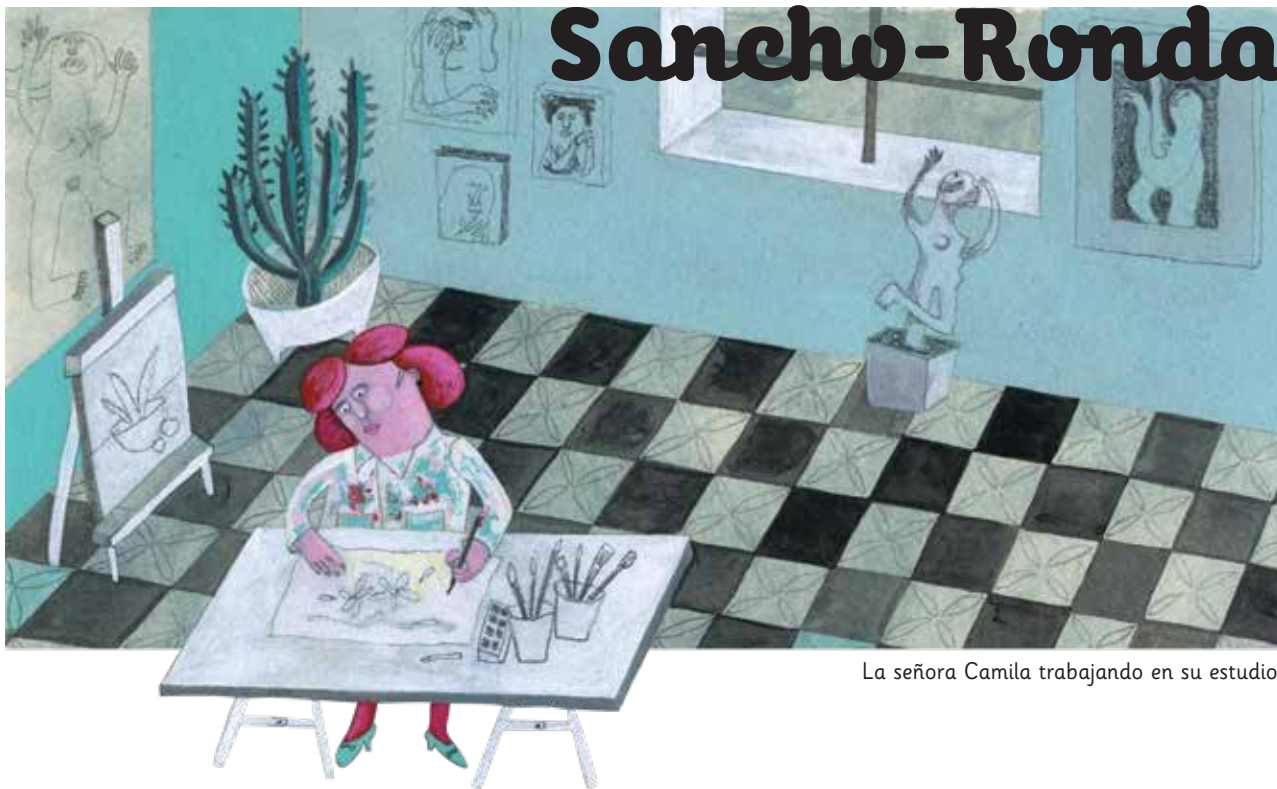
”Trabajosamente movió sus piernas enfundadas en botas de plástico y se unió a la persecución, blandiendo el rastrillo como una espada.



ENTREVISTA CON
LA SEÑORA

Camila

Sancho-Ronda



La señora Camila trabajando en su estudio.

Cables cruzados

Mi amable anfitriona se dedica a la pintura desde su adolescencia. Ha pasado por todos los materiales y técnicas que existen y, aunque ella prefiere las obras

de gran formato y colores brillantes, el mercado para éstas no es muy amplio, de modo que se mantiene haciendo pequeños cuadros en colores pastel con leyendas que rezan “Hogar, dulce hogar” o “El amor es una cosa esplendorosa” flotando

entre flores, querubines y corazones, los cuales vende por internet como pan caliente.

El día de nuestra charla, me recibe en su estudio. Trae un lápiz balanceándose sobre una oreja y una bata cuyo color es irreconocible a causa de tantos manchones que la cubren.

—¿Té? —ofrece al tiempo que percibo un delicioso aroma a naranja y canela.

Después de tomar unos sorbos le digo:

—Tengo la impresión de que en un principio usted no había notado que Octavio tenía problemas para moverse, ¿estoy en lo cierto?

Suspira al responder:

—No exactamente; Minerva y yo veíamos que Octavio era torpe, pero pensábamos que sus problemas se debían a que era un bebé gordito. Creíamos que se compondría al crecer.

—¿Cuándo se dieron cuenta de que no sería así? —inquiero.

La señora Camila mueve la cucharilla dentro de la taza, recordando.

—El día que un pato desquiciado lo estaba persiguiendo —rememora—. Recuerdo que estaba en mi estudio trabajando con acrílicos y un ruido súbito me hizo pintar un rayón café en medio del cielo. Molesta me asomé a la ventana y vi a Octavio seguido por un pato que a la vez era perseguido por Tomasa. En su alocada carrera, el trío volcó una carreta llena de estiércol, alborotó a las gallinas, pasó por encima de la cola de Misifús y aplastó las matitas de cilantro. Gritos, cloqueos histéricos, chillidos y maullidos de dolor se unieron para formar un escándalo espantoso. Dejé pintura y pincel en el caballete y salí corriendo al patio.



—*¿Tomasa, qué haces? —pregunté—. ¿Octavio, qué tienes? ¡Deténganse, por favor!*

—No me escucharon. Les hablé, les llamé, les grité, pero nadie en ese manicomio me prestó la menor atención. A esas alturas ya todos en la granja estaban participando en el zafarrancho. El huerto y el patio parecían zona de guerra. ¿Qué podía hacer? La respuesta me llegó del

cielo: regresé a la casa, tomé la escopeta y solté un tiro de advertencia.

—Al poco rato tenía a todos los animales y trabajadores en fila, escuchando mi enérgico discurso acerca del orden, la autodisciplina, el respeto y la virtud del silencio.

—*Como consecuencia de sus actos —anuncié—, todos se quedarán esta semana sin televisión y usarán ese tiempo para componer todo lo que rompieron.*

”—*Ahhh* —se quejaron en coro, cabizbajos.

”Los miré amenazadoramente. Mi cuadro arruinado no me hacía sentir caritativa.

”—*Y ni me reclamen* —amenacé—, *porque entonces serán dos semanas, ¿entendido? ¡A trabajar!*

”Octavio agachó la cabeza casi hasta el piso, dispuesto a retirarse. No le gustaba que lo regañara. Además, varios de los presentes mascullaban entre dientes que todo era su culpa. Grandes lágrimas se formaron en sus ojos saltones.

”—*Tú no, Octavio* —le dije—. *Ven conmigo.*

”El cachorro hizo una mueca, imagino que creyó que su castigo sería peor. Miró con temor la fusta en mi mano, mis botas con espuelas, la escopeta. Cerró los ojos y empezó a temblar. ¿Acaso creía

en verdad que lo golpearía, lo patearía o de plano le dispararía? ‘¡Por todos los cielos!’, pensé. ‘Soy una artista. Extravagante, sí, pero no psicópata’.

”Noté su sorpresa cuando lo tomé en brazos y lo llevé a mi camioneta.

”—*Usted y yo nos vamos al doctor, jovencito* —anuncié.

”Una vez en el consultorio le expliqué al doctor Martínez lo que había observado.





El doctor auscultó a Octavio y lo sometió a varias pruebas: en una de ellas tomó un peluche que utilizó como señuelo e hizo correr al cachorro sobre una banda sin fin para que intentara atraparlo. Octavio estaba encantado con el juego. Se notaba su concentración y su deseo de alcanzar a esa liebre de peluche; abría y cerraba las mandíbulas, como imaginando la satisfacción que tendría al hundir los dientes en ella y sacudirla en su hocico. Pero al momento de apretar el paso, se le enredaron las patas traseras, cayó de bruces sobre la banda y salió rebotando como canica.

”El doctor Martínez se apresuró a detener la máquina y a recogerlo del piso. Octavio parecía mareado, sus ojos rodaban de manera descontrolada.

”—*Tranquilo, amiguito. Tranquilo* —le dijo.

”Le dio una medicina contra las náuseas que lo puso a dormir y entonces me dio su diagnóstico.

”—*Observe estas radiografías, por favor, y compárelas con estas otras —pidió—. ¿Nota alguna diferencia?*

”—*Pues sí —respondí tras un rápido vistazo—. Las de la derecha parecen de un cerebro normal, mientras que las de la izquierda... son muy diferentes. No sé cómo describirlo, doctor.*

”El médico apagó la lamparita que iluminaba las placas por detrás. Dio un suspiro, me invitó a sentarme y comentó:

”—*Las de la izquierda son del cerebro de Octavio. Por alguna extraña razón sus hemisferios están invertidos. No es de extrañar que tenga una coordinación motora tan pobre.*

”Parpadeé, procesando lo que había escuchado.

”—*¿Me está usted diciendo que su cerebro está al revés y que por eso tiene tantos problemas para moverse?*

”—*Exactamente.*

”—*¿Y se puede curar?*

”—*Bueno, señora, podríamos hacer algo para ayudar a sus ojos, pero componer su cerebro requeriría de una operación demasiado riesgosa. No se lo recomiendo. Lo mejor será que, con paciencia, le vaya enseñando a manejar su discapacidad.*

”Contemplé enternecida al perrito dormido. ¡Pobrecillo, con razón era tan inhábil! En ese momento resolví ayudarlo, costase lo que costase.

ENTREVISTA
CON

Minerva,

la madre de Octavio



Minerva en el salón de lectura
de Sancho-Ronda.

Creciendo aparte

Minerva es un pug pequeño de color miel, lo cual sorprende cuando uno conoce a su corpulento hijo. Sus ojos brillan constantemente con humor y su sonrisa es pronta y sincera. Si alguna vez estu-

vo decepcionada por las capacidades diferentes de su Octavio, no se le nota.

Siguiendo esta línea de ideas pregunto:

—¿Cuál fue la reacción de la familia al enterarse de la discapacidad de Octavio, señora Minerva?

Ella hace una mueca y dice:

—No muy buenas, la gente suele ser rápida para juzgar y lenta para averiguar la verdad. A los pocos días, Octavio era la comidilla del pueblo. Y es que ningún animal, niño o adulto había visto antes en ese lugar a un perro con anteojos. No es que fueran feos. La verdad es que sus *goggles* rojos tipo aviador le sentaban bien y ayudaban bastante a controlar los movimientos involuntarios de sus ojos. Un sinnúmero de críticas y chismes llegó hasta nuestros oídos: que si los Sancho-Ronda ya no sabían en qué gastar su dinero, que si Octavio estaba chiflado, que si lo que Camila

necesitaba era un hijo propio para dejarse de tanta tontería, que si los lentes tenían rayos X integrados y podía ver a las personas en calzones y de paso *hackear* los números de sus tarjetas de crédito...

Alzo las cejas ante una aseveración tan ridícula.

—¿De verdad dijeron eso?

—De verdad —responde Minerva.

Ambos nos reímos al mismo tiempo y luego Minerva añade:

—Mi ama y yo nos rehusamos a hacer caso a las habladoras y urgimos a Octavio a hacer lo mismo. Nos sentíamos ferozmente protectoras hacia él y, en este afán, decidimos que mi cachorro dejaría de dormir con sus hermanos en el corral del granero y se mudaría a la casa grande.

”Creíamos que mi pequeño debía estar contento. Tenía su propia cama, decenas de juguetes, premios para perro a mon-

tones y algún trocito de carne deslizada por debajo de la mesa de vez en cuando. Además contaba con el privilegio de estar al lado de la señora Camila día y noche, como yo.

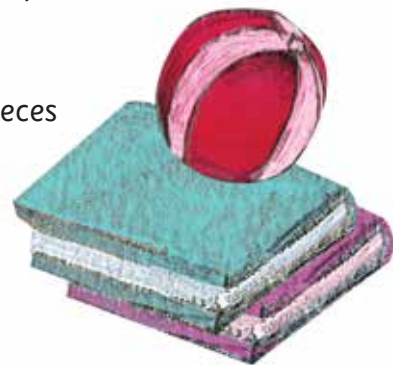
”Más tarde me enteré de que se sentía solo. Nuestra dueña pasaba gran parte del día dedicada a sus lienzos, escuchando música clásica, por lo que no tenía mucho tiempo para rascarle las orejas o lanzarle la pelota. Y yo, lamento decirlo, tampoco le ponía mucha atención, pues había empezado un curso de filosofía e historia que me absorbía por completo. Pasaba horas y horas echada junto a mi ama, con los libros pegados a la nariz.

”Un día, mientras Octavio miraba melancólico por la ventana cómo sus hermanos jugaban a las escondidas, la señora Cami lo llamó al estudio para comunicarle una decisión que acababa de tomar.

”—*Creo, Octavio* —dijo ella con grandilocuencia—, *que necesitas dedicarte a algo útil. A partir de hoy te enseñaré a pintar y Minerva te enseñará a leer. Tus lecciones durarán tres horas al día hasta que domines las técnicas básicas de ambas disciplinas; luego seguirás por tu cuenta. El chofer ya fue por tus pinceles y tus libros nuevos y podrás comenzar mañana mismo.* —Sonrió ampliamente y, sin querer, se dio un brochazo con pintura rosa muy cerca de la nariz—. *¿Qué tal? ¿Contento? ¿No te parece una idea magnífica?*

”—*B-bueno, tal vez sí* —tartamudeó mi hijo, aunque sólo yo pude entenderlo—. *Nunca lo he intentado antes. Tal vez sea lo que necesito para sentirme mejor.*

”Ladró un par de veces para dar las gracias y recibió unas palmadi-



tas en la cabeza como recompensa. Se empeñó en sus lecciones y avanzó, lento pero seguro, a lo largo de cuatro semanas. Cabe mencionar que sus progresos en la pintura fueron mucho mayores que en la lectura: una manchita verde aquí, un tallón amarillo por allá, unas huellitas azules y ilisto!, arte moderno para ser enmarcado. La señora Camila tenía ya toda una colección. En cambio, fijar la vista en letras pequeñas y concentrarse en notar sus combina-

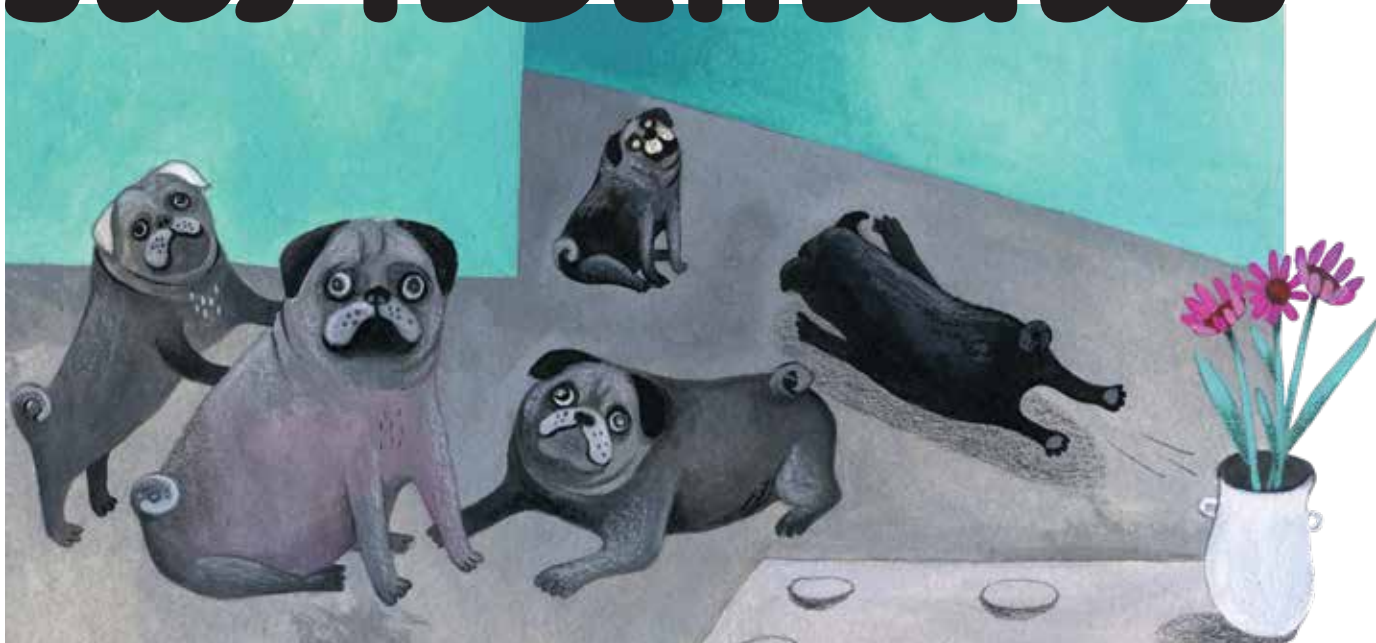
ciones para entender su significado era todo un reto. Pasaron varios meses antes de que se notara su progreso.

”El día que terminó de leer *El viento en los sauces*, de Kenneth Grahame, lloré de la emoción. Le dolían la cabeza y los ojos, pero ¡era un logro espectacular! Lo lamí con cariño, lo felicité efusivamente y me fui a dormir la siesta con mi ama. Por eso no me di cuenta de que mi cachorro aprovechó ese momento para escapar.



ENTREVISTA CON

sus hermanos



Los hermanos de Octavio, esperando ansiosos la comida.

Reencuentro

Cuando están juntos, Sócrates, Nerón, Atenea, Aquiles, Octavio y Sofía son un grupo desordenado y ruidoso. Abundan las bromas (pesadas y ligeras), los empu-

jones, las cosquillas y hasta alguna mordida de oreja; aunque es claro el gran afecto que existe entre ellos.

En esta ocasión, Octavio está presente, ya que viajó desde la ciudad para saludar a su familia. La señora Camila

mandó poner una larga mesa en el patio, cerca de los comederos del corral, sobre la cual hay comida para un batallón. Incluso a mí me ha considerado, pues hay un plato con gusanos, grillos y otros insectos.

—Las comidas familiares son una tradición en esta granja —me dice—. Todos los animales están invitados. Siéntase como en casa.

Y lo hago. En pocos lugares he sentido tanta unión y camaradería.

Ya cerca de los postres, comento a los hermanos pug:

—**Se nota que son muy unidos. ¿Cómo les afectó que Octavio no viviera más con ustedes?**

Atenea responde:

—Nos dolió y lo extrañábamos mucho, pero creo que fue más duro para él; nosotros nos teníamos los unos a los

otros y Octavio estaba solo allá adentro en un mundo de adultos.

—Además —agrega Sofía—, nos explicaron que era lo mejor para nuestro hermano y todos queríamos que se curara.

—**Entonces, ¿cómo fue que Octavio se reintegró al grupo?** —pregunto.

Nerón toma la palabra:

—Una tarde estábamos jugando “Policias y ladrones” en este mismo patio y a media carrera vi un destello rojo; era Octavio con algo raro en la cabeza, saliendo de la casa con aire furtivo. Me distraje tanto con su aparición que Aquiles me atrapó.

Su hermano menor suelta una risita.

—Ya no pongas pretextos, mejor admite que soy más rápido que tú.

—Yo también lo vi —señala Atenea ignorándolos—. Frené en seco y grité: “¡Miren, es Octavio!”.

Sócrates sacude la cabeza en desaprobarción. Se limpia el hocico con una servilleta y añade:

—Y eso causó un choque tremendo. Si en vez de cachorros hubiéramos sido automóviles, se habrían escuchado rechidos de llantas y habrían saltado trozos de plástico, vidrio y metal por todos lados, pero, ya que los involucrados en el accidente éramos de carne y hueso, sólo se escuchó: “¡CUIDADO! ¡TE TENGO! ¡FRENA! ¿QUÉ PASA?”. Y luego un ¡AAAYYY! multitudinario, fuerte y prolongado.

Sofía comenta en este punto:

—Justo antes de la colisión cerré los ojos y cuando los abrí me encontré en medio de un enredijo de patas, orejas y rabitos. Octavio nos miraba nervioso. Se acercó despacio. “¿Están todos bien?”, preguntó.

—Todo me daba vueltas —asegura Nerón, sirviéndose una tercera porción de arroz con leche—. Sacudí la cabeza, moví las patas tentativamente; al parecer no me había roto nada, de modo que respondí: “Yo estoy bien. ¿Y ustedes, chicos?”.

—Con cuidado nos fuimos desenredando de los demás y finalmente logramos ponernos de pie —comenta Aquiles—. Estábamos magullados, pero pronto se nos olvidó, pues nos sentíamos felices de ver a nuestro hermano.

—A ti se te habrá olvidado, a mí no; desde ese día se me acható la nariz —comenta Sócrates y me muestra su poco agraciado perfil.

—No, tú ya eras feo desde antes —señala Aquiles.

Todos rompen a reír, incluso Sócrates.

—No les hagas caso —exclama Ateña sorbiendo su limonada—. Como dice



Aquiles, estábamos muy emocionados de ver a Octavio y lo bombardeamos de preguntas: “¿Qué haces aquí?”, dijo Nerón. “¿Por qué traes esa cosa roja en la cabeza?”, quiso saber Aquiles. “¿Qué tal es la casa grande?”, preguntó Sofía. “¿Es cierto que tu cama es del tamaño de una ca-

rreta?”, inquirió Sócrates y yo le reclamé: “¿Por qué no has venido a visitarnos?”.

Octavio dice entonces:

—Imposible responderles a todos al mismo tiempo. Así que les pedí que se sentaran y les fui contestando uno por uno.

La Muñeca, unos metros atrás, levanta su cabeza de los granos que abundan en su comedero y comenta:

—Fue muuuuy curioso ver a los cinco diablillos quietos, echados en círculo alrededor de su hermano con lentes, escuchando atentamente sus palabras.

—Cuando les platicué de mis lecciones de lectura —interviene Octavio—, Aquiles quiso saber lo que era un cuento.

”—*Un cuento es como una historia de lo que le pasó a alguien* —respondí.

”—*¿Como un chisme?* —preguntó Sofía.

”—*Más o menos* —le dije—. *Hoy, por ejemplo, leí la historia de un cocodrilo que vivía debajo de una bañera y de un niño que le tenía mucho miedo.*

”—*¿En serio?!* —exclamó Sócrates. Y luego se quedó pensando—. *¿Qué es un cocodrilo?*

”—*Un cocodrilo es un animal con escamas, que vive cerca del agua, come carne y tiene una cola larga larga y un hocico grande lleno de dientes filosos.*

Atenea lo interrumpe:

—Recuerdo que en ese momento pasó una mosca zumbando y que una de las cabras le ordenó que guardara silencio.

Risas.

—Así es —confirma Sofía—, y es que ya no sólo éramos nosotros los que escuchábamos a Octavio, sino todos los demás animales también.

—Sí —añade Aquiles—, Misifús quería saber si el cocodrilo se había comido al niño; seguramente, esa escena te habría gustado, ¿verdad, gato?

Un gato rayado al otro lado de la mesa se encoge de hombros y añade parcamente:

—Cada quien sus gustos —y vuelve a lamer con deleite su tazón de leche.

—**¿Y se lo comió?** —pregunto a Octavio, retomando nuestra conversación.

—¿Perdona?

—**El cocodrilo del cuento; ¿se comió al niño?**

Muñeca levanta una pata y dice:

—Así fue como se dio la primera sesión de cuentacuentos en la granja. Rayou, el caballou, le pidió a Octaviou que contara la historia desde el principio.

—Y nos la contó —asegura Nerón.

—Todos aplaudieron al final del relato —añade Atenea— y le pedimos que nos contara otro cuento.

—Pero Tomasa llegó a interrumpir —recuerda Sócrates—. Se acercó con sus eternas botas de plástico y le dijo a mi hermano:

”—*¡Ahí estabas, cabezón! Hacía mucho que no te v’ía. Todos están como locos búsqnete y búsqnete en la casa. Hora de cenar.*

”Recogió a Octavio del suelo y empezó a alejarse.

”—*¿Volverás mañana?* —alcancé a ladrar.

”Octavio asintió y se despidió con un aullido.

”—*¡No olvides traer el libro para enseñarnos al cocodrilo!* —pidió Aquiles justo antes de que le cerraran la puerta en las narices.

ENTREVISTA
CON

Misifús



y su banda
de gatos

De izquierda a derecha: Salchicha, Manchitas,
Misifús, Torombolo y Gordo.

Un nuevo reto

Gordo, anaranjado y de gran tamaño, a primera vista uno podría creer que Misifús tiene una personalidad similar a la de Garfield, aunque no hay nada más alejado de la realidad. Este gato tiene,

por ponerlo suavemente, una personalidad belicosa. Fue acogido en la granja cuando era joven, pero su carácter ya estaba formado y todos los esfuerzos bienintencionados de la señora Camila no lograron quitarle el gusto por los pleitos.



Sin embargo, este felino que llegó de la ciudad al lado de sus compañeros Torombolo, Salchicha, Gordo y Manchitas es sumamente leal y dedicado y ha mantenido

por años la granja limpia de plagas. Sus casas son una serie de huacales forrados con paja a un lado de la bodega de herramientas y allí es donde los visito (armado



de un bote de gas pimienta por si alguno de ellos quisiera usarme de juguete).

—**Entonces ustedes son buenos amigos de Octavio** —comento cuando

todo indica que la entrevista transcurrirá en paz.

—Ahora —dice un gato negro y panzón llamado Gordo—. La neta es que al principio Octavio nos caía remal. Vivía dentro de la casa, comía y dormía como rey y no hacía absolutamente nada de provecho.

—Además, parecía medio menso y nos daba un chorro de risa —suelta Manchitas, que recibe un pisotón de su vecino más cercano—. ¿Qué? —se queja—. Es la verdad.

Una mirada severa de su líder hace que cierre el hocico.

—Cierto —admite Misifús con aire desafiante—, pero nos arrepentimos y ya le ofrecimos disculpas. A partir del día que empezó a contarnos esas historias tan padres empezamos a conocerlo mejor y dejamos de molestarlo.

A mí hasta me buscaba unas de miedo buenísimas. Lo veíamos más contento con su nueva rutina: estudiaba y pintaba por las mañanas y por las tardes se reunía con nosotros y con sus hermanos a platicar.

—Pero su felicidad no era perfecta; en su corazón había nacido un deseo inalcanzable que crecía cada día más —interrumpe Salchicha.

—¡Ya empezaste a ver telenovelas otra vez! —acusa Torombolo y le lanza una piedrita—. ¡Habla bien, no seas payaso!

—Hey, ¿a quién le dices payaso?

—COMO DECÍA —agrega Misifús cortando el pleito—, las historias fueron la salvación de ese muchacho. En muchas de ellas había héroes como Robin Hood, que robaba dinero a los ricos para dárselo a los pobres, siempre perseguido por

el malvado *sheriff* de Nottingham. O los Tres Mosqueteros que salvaban reinas y peleaban contra los soldados del zángano del cardenal Richelieu. ¿Y qué decir del Conde de Montecristo, el Zorro, Robinson Crusoe, Odiseo? ¡Hasta Supercan tenía oportunidad de salvar a la Dulce Polly!

”—*¿Y yo qué hago con mi vida?* —se quejaba Octavio—. *¡Nada! Lleno lienzos con manchas y cuento aventuras ajenas. ¡Ni siquiera tengo permiso de ir al bosque con mis hermanos!*

”—*Tranquis* —le aconsejaba yo—. *Llévatela leve.* (Pero Octavio es reterco.)

”—*Esto no puede seguir así* —me dijo un día—. *¡No, señor! Los Octavios del mundo nacimos para tener aventuras y a partir de mañana voy a comenzar la mía.*

”Por suerte, el pequeño pug era necio pero listo y no empacó de la noche a la mañana ni se fue a recorrer el mundo a

lo loco. Con la misma obstinación con la que aprendió a leer, así empezó a prepararse. Quería volverse un héroe y para eso, decía, debía moverse como héroe, pensar como héroe, portarse como héroe y hasta hablar como uno.

”Lo primero que hizo, una vez que eligió su futura ocupación, fue levantarse

muy temprano para correr alrededor del patio antes de sus sesiones de estudio. Era lento y torpe. Eso lo sabíamos todos. Necesitaba cambiar.

”Un día, mientras estaba a la mitad de su entrenamiento escuchamos:

”—*iMiren, el trasero de ese perro baila solo!*—dijo un cuervo tal por cual



a sus amigos y todos soltaron la carcajada.

—Tan distraídos estaban secándose las lágrimas que no se dieron cuenta que los teníamos rodeados, ¿verdad, jefe? —comenta Torombolo—. Entonces, el jefe sacó las garras recién afiladas y las puso muy cerca del cogote del cuervo fregón.

”—*¡Oye, Octavio!* —le gritó al pug que había seguido corriendo sin hacer caso de las burlas—. *¿Se te antoja caldo de cuervo para el almuerzo?* —y Octavio que contesta:

”—*Eh, no gracias, Misifús. Creo que el caldo de un pájaro tan feo me haría daño.*

Gordo asiente significativamente y continúa la narración:

—Entonces, el jefe se le quedó viendo al cuervo ese como si de todos modos le fuera a retorcer el pescuezo y yo vi

con estos ojos que se han de comer los gusanos cómo le tembló hasta la última de sus plumas; pero al final, el jefe se encogió de hombros y dijo: “Mi amigo tiene razón. Puedes irte, pajarraco”.

El Manchitas interviene animado:

—El pájaro puso cara de “Fiu, de la que me salvé” y se apuró a extender sus



alas, pero entonces el jefe lo detuvo con un pisotón en las plumas de la cola.

En ese momento los dos gatos, es decir, Manchitas y Gordo, empiezan a actuar la conversación que tuvo lugar años atrás.

—¿A dónde vas tan rápido, muchacho? —dice Gordo inflando el pecho e



imitando la voz de Misifús, quien gira los ojos al cielo—. ¿No olvidas algo?

—¿O-olvido algo, señor? —tartamudea Manchitas encogiéndose como si fuera el cuervo y pasa saliva trabajosamente.

—Así es —continúa Gordo en su papel de Misifús—, olvidaste decir: “Gracias, señor Octavio, por perdonarme la vida”.

Manchitas dice con la voz aflautada del ave:

—Gracias, señor Octavio, por perdonarme la vida.

—Y más vale que no lo olvides —advierte el Gordo usando la mirada amenazadora de Misifús—, porque si me entero de que te burlaste de él otra vez, no respondo.

El grupo de gatos ríe al unísono, aunque su jefe no suelta más que una fugaz sonrisa y comenta:

—Esa tarde, Octavio me regaló un cuadro bien chido como agradecimiento.

”—*Es un cocodrilo* —me dijo—. *Espero te guste.*

”—*Pero no se está comiendo a nadie* —me quejé.

”Octavio se encogió de hombros y me contestó:

”—*Por mucho que me agrades, Misifús, no voy a hacerte el cuadro de una matazón.*

”Y bueno, para no hacerle un desaire, colgué el famoso cocodrilo en mi casa. Mira, todavía lo tengo.

Y me muestra, orgulloso, un dibujo enmarcado de algo que podría parecer un tronco con dientes.

—**Muy bonito** —opino con amabilidad—, **supongo que desde entonces han sido amigos.**

—Como uña y mugre —afirma—. Tan es así, que a los pocos días Octavio me pidió un favor.

—Y también se lo pidió a Rayo —dice Torombolo.

—Y a Manuela —dice Salchicha.

—Y a Gregorio —dice Manchas.

—Ese pato todavía le guardaba rencor a Octavio por haberle enchuecado el ala —comenta Misifús con voz siniestra— y creí que iba a tener que darle una calentadita, pero el pug (hábilmente, si me lo preguntas) le prometió llevarle todos los días un bolillo de la cocina y con eso el trato quedó cerrado. Sólo le faltaba un instructor: Brutus.

”—*Misifús* —me preguntó la mañana siguiente—, *¿cómo puedo acercarme al perro más feroz de Anganguero?*

ENTREVISTA CON

Rayo, el caballo



Rayo es cepillado por don Filemón.

Perseverante

Se cree que el bisabuelo de Rayo era de raza Brega originaria de Australia, pero algo pasó por ahí (tal vez un percherón coqueto) porque en vez de ser enjuto y

compacto, Rayo es un jamelgo enorme que inmediatamente me llama la atención cuando entro en el establo. Frente a él tiene el programa de carreras del Hipódromo de las Américas, de Ciudad de México.

Esto me sorprende y Rayo se da cuenta.

—Es mi único vicio —comenta—, admiro la velocidad de estos caballos. Los investigo, me mantengo al tanto de sus progresos y los fines de semana hago mis pronósticos. Si tuviera dinero para apostar, ya habría hecho una fortuna.

—**Supongo que le gustaría participar en esos eventos** —señalo.

Él agita las crines en negación.

—Sé que la mayoría de la gente cree que soy muy rápido —me dice confidencialmente —, pero la verdad es que no tanto. Estoy bien donde estoy. Hago un buen trabajo para la señora Camila y cuando era joven participé en carreras locales donde la competencia no es mucha, por eso gané varias veces.

—**Aun así** —le digo—, **Octavio lo escogió como tutor.**

Se le escapa una sonrisa cariñosa y suelta un muy equino resoplido.

—Ah, sí. Octavio tenía un plan: aprender de los mejores. Si quería ser un verdadero héroe, decía, necesitaba correr tan rápido como yo, trepar bardas y árboles tan bien como Misifús, nadar tan ágilmente como Gregorio, escabullirse tan hábilmente como Manuela y ladrar tan escalofriantemente como Brutus.

”Una vez me dijo que también le gustaría volar, pero la historia de Ícaro lo desanimó y prefirió desarrollar otras habilidades primero.

”A cada uno de nosotros, sus entrenadores, nos asignó un día de la semana. Yo lo entrenaba los lunes, el gato los martes, el pato los miércoles, la tarántula los jueves... Lamentablemente, todavía no convencía a Brutus de participar, así que los viernes los dedicaba a repasar un poco de todo.

”Cuando sus hermanos y hermanas vieron lo que estaba haciendo, decidieron entrenar junto con él. Les parecía un juego de lo más divertido. ¿Conoces a la Muñeca, verdad? Bueno, pues a ella, que es tan maternal, le preocupó que esas actividades resultaran demasiado peligrosas para los cachorros, así que reclutó algunos compañeros para supervisar a los pug, especialmente los martes y los miércoles.

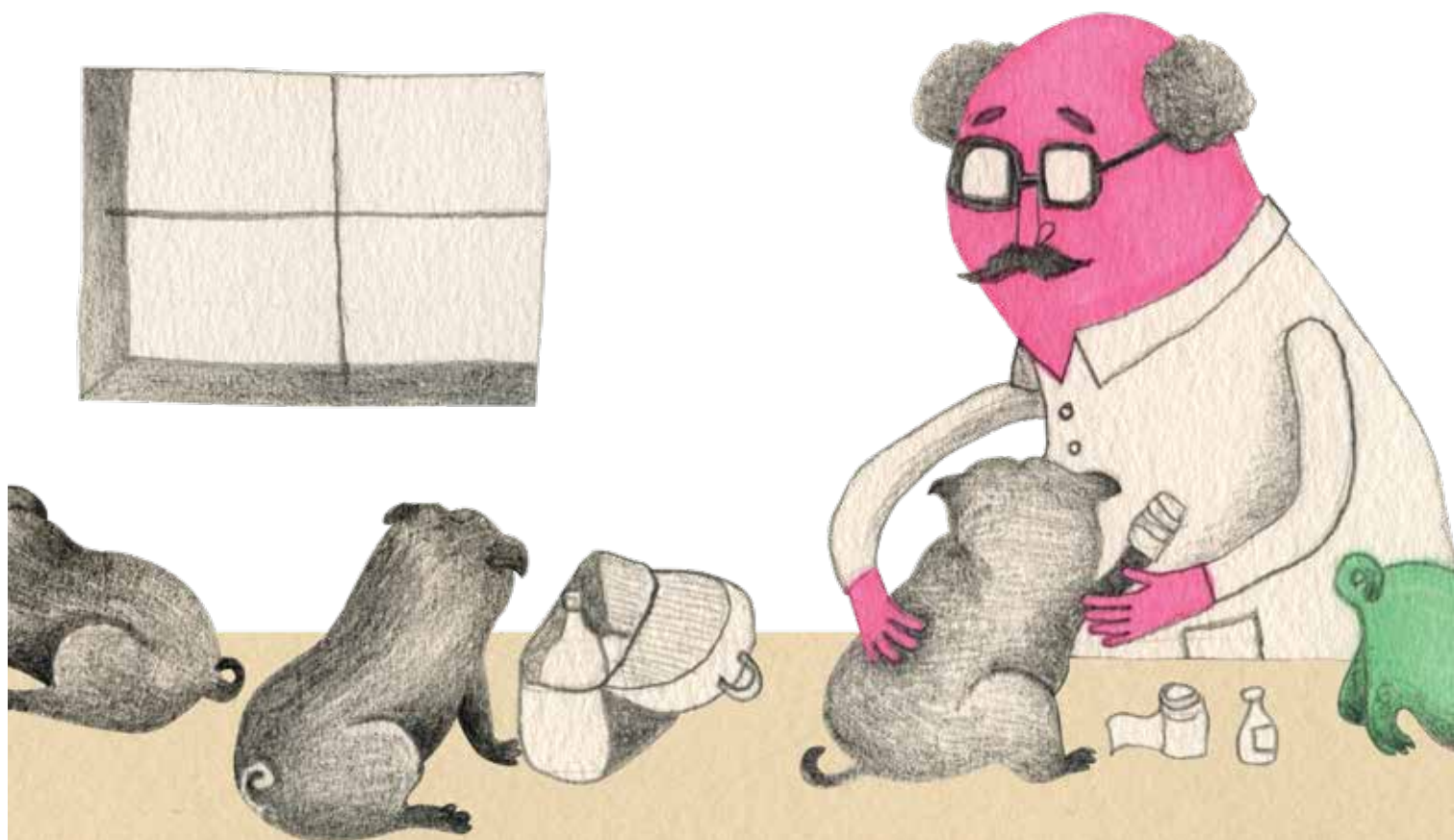
”Durante la escalada de árboles, por ejemplo, las cabezas huecas de las gallinas tomaban a los pug de las orejas y los ayudaban a elevarse. Parecían olvidar que ellas mismas no pueden mantenerse en el aire por largos periodos de tiempo y solían arrastrar a los perritos de vuelta al piso.

”La Muñeca y algunas ovejas tuvieron mejor suerte para las clases de natación.

Ellas se mantenían atentas en la orilla del estanque y lanzaban el salvavidas a quien lo necesitara.

”Aun así hubo muchos accidentes. Minerva y la señora Camila estaban desesperadas, de modo que trataron de mantener a Octavio encerrado en la casa, pero los llantos de todos los cachorros al unísono podían durar horas y horas y sus nervios no lo aguantaron.

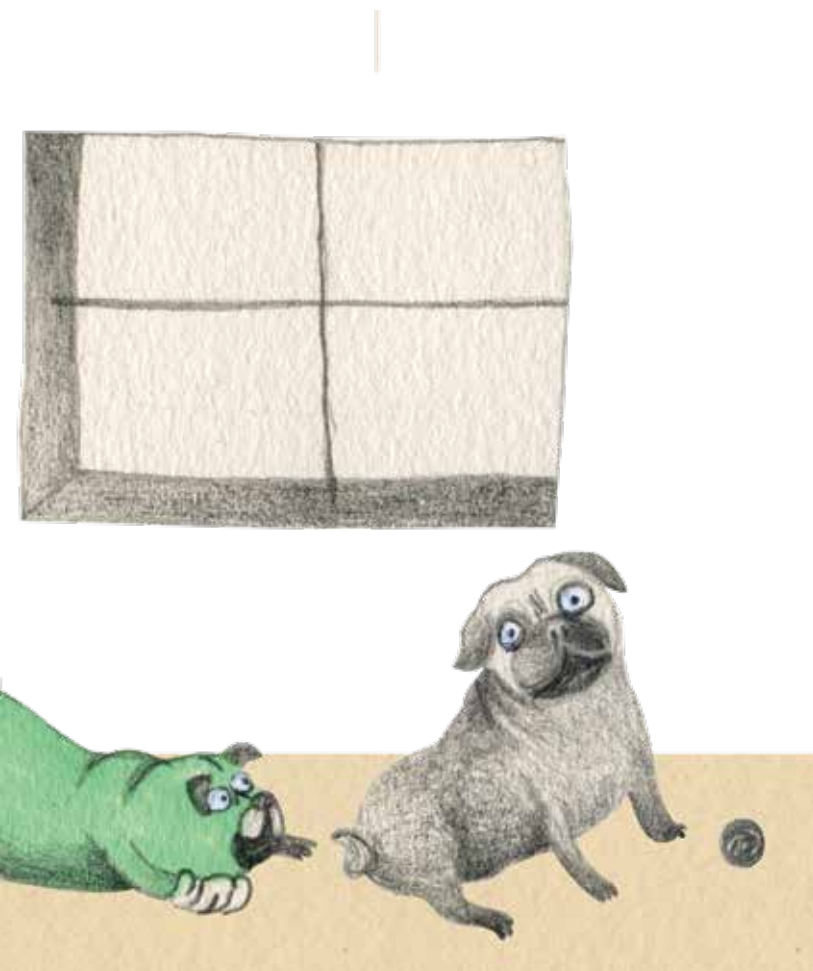
”El doctor Martínez visitaba la granja casi a diario: componiendo una patita por aquí, devolviendo su forma enroscada a un rabito por allá, desatorando a un cachorro panzón de un hoyo demasiado pequeño. ‘Si la cosa sigue así, señora Camila’, anunció en una ocasión, ‘tal vez me convendría instalar mi consultorio en la granja en vez de gastar tanto en gasolina’. Pero no fue necesario. Poco a poco, los accidentes fueron disminuyendo.



”Como podrás imaginarte, a Octavio todas estas actividades le costaban el triple de trabajo que a sus hermanos, pero antes de dormir pedía a su mamá que le diera permiso de ver YouTube y ponía videos de personas con habilidades di-

ferentes que habían logrado grandes cosas como Helen Keller, Stephen Hawking, la corredora de autos María de Villota y Nick Vujicic.

”Todas las noches soñaba con ser un héroe y todos los días repetía la misma



rutina con Brutus: se ponía su armadura de fabricación casera (por si las moscas), buscaba lo que él llamaba un “tributo” para el perro guardián (aunque yo lo llamaría “soborno”), se acercaba con cautela hasta su casa (donde solía encontrarlo

durmiendo la siesta con un ojo cerrado y uno abierto —hay que admitirlo, es un perro guardián concienzudo—) y decía con vocecita temblona:

”—*Buenos días, señor Brutus, aquí le traigo un regalito. ¿Cómo ha estado?*

”Para estos momentos, el perrazo solía estar triturando entre sus mandíbulas lo que Octavio le hubiera llevado, ya fuera un juguete, un hueso, un premio para perro o una zapatilla, pero Brutus no le daba ni las gracias.

”Al no recibir respuesta, Octavio continuaba:

”—*Dicen por ahí, señor Brutus, que usted tiene un ladrido tan potente que se escucha hasta Morelia. ¿Es eso cierto?*

”—*Sí.*

”—*Dicen también que ladra tan fuerte, que no tiene que perseguir a los intru-*



sos, sino que éstos caen fulminados a sus pies. ¿Es cierto eso también?

—Sí.

—¿Me enseñaría a ladrar como usted, señor Brutus?

—No.

”Y sin voltear a verlo siquiera, el enorme perro le daba la espalda y lo ignoraba por completo.

”Octavio suspiraba entonces, bajaba la loma a paso lento y cuando llegaba al establo se quitaba el casco de la armadura y comentaba:

—Bueno, al menos no se le ha antojado comer perrito. Mañana me irá mejor.

**ESCALOFRIANTE
ENTREVISTA CON**

Brutus



Brutus, el guardián de Sancho-Ronda, y admiradores.

La montaña va a Mahoma

En un principio creí que los rumores acerca de Brutus no eran más que exageraciones, pero cuando lo tuve frente a frente fue preciso coincidir con la opinión general: el

perro guardián de la granja Sancho-Ronda tiene un aspecto temible: pelo hirsuto, colmillos extra largos, mirada dura como el acero templado y una forma de hablar y de moverse que te hace temer que en cualquier momento serás devorado. Sobre decir que no suele hacer favores, pero



cuando logro sobreponerme a la impresión y le comento el objetivo de mi visita, allá en la loma desde donde vigila la granja y los alrededores, termina doblando las patas. Incluso sonrío, como medio segundo.

—**Gracias por acceder a ser entrevistado, señor Brutus. No quiero quitarle mucho tiempo, así que iré al grano: ¿cuál es su opinión de Octavio?**

—En un principio —comenta—, encontré al perrillo enlatado MUY, pero

muy irritante. Sin embargo, insistió tanto que picó mi curiosidad. ¿Por qué no se daba por vencido? ¿Para qué demonios quería que lo enseñara a ladrar? ¿De dónde sacaba tantos regalos? Un día que me llevó un hueso especialmente carnoso decidí seguirlo y observarlo escondido entre los matorrales.

—*¡Hola, Octavio! ¿Cómo te fue?*
—le preguntó uno de los gatos.

—El cachorro suspiró, sus orejas gachas indicaban su tristeza.

—*No muy bien.*

—*¡Oye, no te preocupes! ¡Ya lograrás convencer a ese ogro!*

—Un gruñido hizo vibrar mi garganta. ‘GRRRR’, pensé. ‘¿ESE OGRO?’. Iba a salir de mi escondite y hacer trizas al gato maleducado, cuando decidí que no valía la pena. Después de todo, soy un perro guardián, no un asesino. Molesto, me di

la media vuelta; deseaba regresar cuanto antes a mi puesto de vigilancia. Entonces escuché:

”—*¿Listo para el examen?*

”—*¡Listo!*

”Hubo un gran alboroto, muchos animales de la granja llegaron a observar la escena. Se sentaron en filas, como si fueran a ver una película y entonces Misifús anunció con voz teatral:

”—*Vacas y caballos, borregos y ovejas, hembras y machos de cualquier especie, lo que este perrito está a punto de realizar es sumamente peligroso. Les pedimos encarecidamente se abstengan de mugir y de cacarear y, por lo que más quieran, no saquen fotos con flash. Cualquier distracción puede ser fatal.*

”Otro de los gatos usó la tapa de un bote de lámina como tambor y Octavio, ya sin armadura, empezó a trepar un

árbol dejándome con el hocico abierto. ¿Cómo podía hacer eso?

”Pero el acto no terminó ahí. Cuando alcanzó una rama bastante alta, avanzó por ella como si de la cuerda floja se tratara. A cada paso iba acercándose a la punta. Más rápido, más rápido.

”De pronto, una de sus patas resbaló y una oveja soltó un balido de terror. Sus compañeros se apresuraron a taparle el hocico con las pezuñas. Inmediatamente regresé mi atención al pug, quien





no parecía asustado, sino que fruncía el ceño, profundamente concentrado. La punta de la rama era tan delgada que ésta empezó a inclinarse hacia abajo por el peso del cachorro. Su caída era inminente. Cerré un ojo temiendo lo peor.

”De pronto, Octavio hizo un raro y brusco movimiento, como si estuviera saltando una valla. Salió impulsado hacia adelante

al tiempo que una capa azul con una enorme ‘O’ pintada en su centro se abría. Empezó a describir un arco por los aires, en dirección a la barda. Los gatos habían pintado una ‘X’ roja en el lugar donde debía aterrizar. No se escuchaba ni el piar de los pollitos, todos los animales aguantaban la respiración esperando que el temerario pudiese descender sobre ese punto...

”Pero Octavio nunca llegó. Medio metro antes de cumplir su cometido se le acabó el impulso y cayó, como un saco de papas, sobre un tupido mirto que bordeaba la propiedad. Las reacciones de los espectadores fueron de lo más diversas: unos gritaron, otros se taparon los ojos, una cabra se desmayó. Pocos fueron los que tuvieron la claridad mental para acercarse al lugar del impacto y ver si Octavio seguía con vida.

”El arbusto empezó a sacudirse y se escuchó la voz del pug:

”—*Todo bien. No hay de qué preocuparse. La siguiente vez saldrá mejor.*

”De entre las ramas, asomó la cabeza el cachorro, los lentes chuecos, ramas atoradas en las orejas, hojas cubriéndole la nariz. Para demostrar que decía la verdad, estiró su negro hocico en una enorme sonrisa.

”Los animales estallaron en aplausos. Unos lo felicitaban por su valentía, otros comentaban el susto que les había dado. ¿Y yo? Yo me solté a reír. Jamás en mi vida había presenciado algo tan ridículo.

”Se hizo el silencio. Supongo que nadie esperaba verme a mí, que tengo fama de malhumorado, riendo de tal forma que se me escurrían las lágrimas.



”—*Oye, jefe* —preguntó Salchicha muy cerca de la oreja de Misifús— *¿aca-so se está burlando?*

”—*No lo sé* —respondió el otro gato—. *Pero no se te ocurra reclamarle, porque nos hace pomada.*

”Así que Salchicha se indignó en silencio y su cara de constipación me provocó otro ataque de risa. Cuando pude calmarme me dirigí a Octavio:

”—*¡Oye, chico! ¿Cómo te llamas?*

”—*O-ctavio, señor Brutus.*

”—*Estás chiflado, ¿lo sabías?*

”—*Sí* —suspiró el perrito, desmoralizado—. *Ya me lo habían dicho antes.*

”—*Dime, ¿todavía quieres aprender a ladrar?*

”La cara de Octavio fue la imagen misma del entusiasmo.

”—*¡Por supuesto, señor!*

”—*¡Y yo también!*

”—*¡Y yo!*

”—*¡Y yo!* —dijeron sus hermanos.

”¡No podía creerlo! En pocos segundos, me vi rodeado de cachorros pug saltando como grillos locos a mi alrededor, sus ojos prominentes brillaban por la emoción. ‘Esto me pasa por hocicón’, pensé, pero ya había dado mi palabra. No tuve más remedio que inspirar hondo y contar hasta el sesenta (diez segundos por crío) antes de replicar:

”—*Está bien. Los veo mañana temprano* —les dije con sequedad, asumiendo mi pose de gendarme para que no fueran a pensar que conmigo iban a hacer lo que querían—. *Y no se les ocurra llegar tarde, porque no lo voy a tolerar.*

”—*¡Ahí estaremos, señor!* —dijeron los hermanos a coro, moviendo sus colitas a velocidad récord.

LA VIDA
TE DA

sorpresas



Octavio, un pug chiflado, y su servidor J. Alatorre.

Queridos lectores, termino de redactar estas líneas con un buen sabor de boca, extrañando el cálido ambiente de la granja Sancho-Ronda.

Según Brutus me contó, todos los cachorros aprendieron a ladrar con voz potente, aunque sus primeros intentos

dejaron mucho que desear. El perro guardián reía y reía y pronto empezó a tomarles cariño. Estaba agradecido de que le hubieran ayudado a recuperar su sentido del humor.

Cuando se creyeron listos, escogieron una víctima: Tomasa Botello. De hecho,



el examen consistía en tomarla por sorpresa y ladrar lo más fuerte que podían. Nerón la espantó tanto que la mujer cayó de una escalera de cabeza en la paja, Atenea la hizo aterrizar en el lodo, Sócrates la hizo soltar la manguera y mojar a la señora Camila.

—¡Chamacos latosos! —renegaba la mujer—. Los voy a hacer barbacoa.

Pero todos sabían que eso no sucedería, porque Tomasa los quería mucho.

Ya estaba todo listo: Octavio podía ladrar, correr, nadar, trepar y escabullirse como los campeones. Ahora sólo tenía



que esperar que algo malo pasara para salir al quite.

—¡Buenos días, Colorada! ¿Están todos tus pollitos bien? ¿Ninguno se ha extraviado?

—No, Octavio. Todos están aquí.

—¡Qué tal, Muñeca! ¿Nadie se ha

robado tu cebada? —preguntaba, verdaderamente interesado.

—No, Octaviou. Todo bien.

—¡Hey, Brutus! ¿Nadie se ha querido meter a la granja?

—No, pequeño pug. Creo que nos tienen miedo.

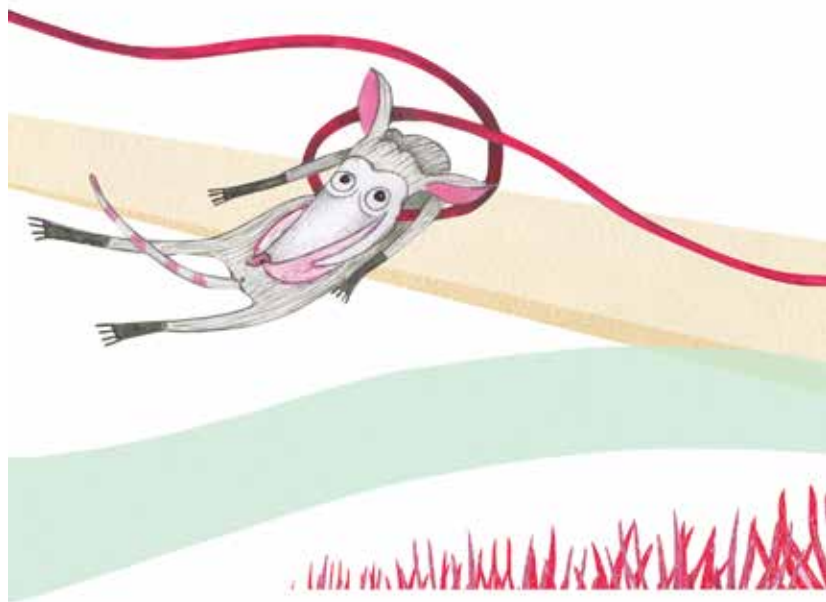
¡Qué mal! Ahora que estaba listo, no podía hacer ningún acto heroico. Pensó en irse. Varias veces. Pero quería demasiado a su dueña, a su familia y a sus amigos para hacerlo. Y fue leyendo otro libro, *Vidas de fuego*, como una idea le vino a la mente.

Para mi fortuna y la de muchos otros, Octavio se hizo bombero.

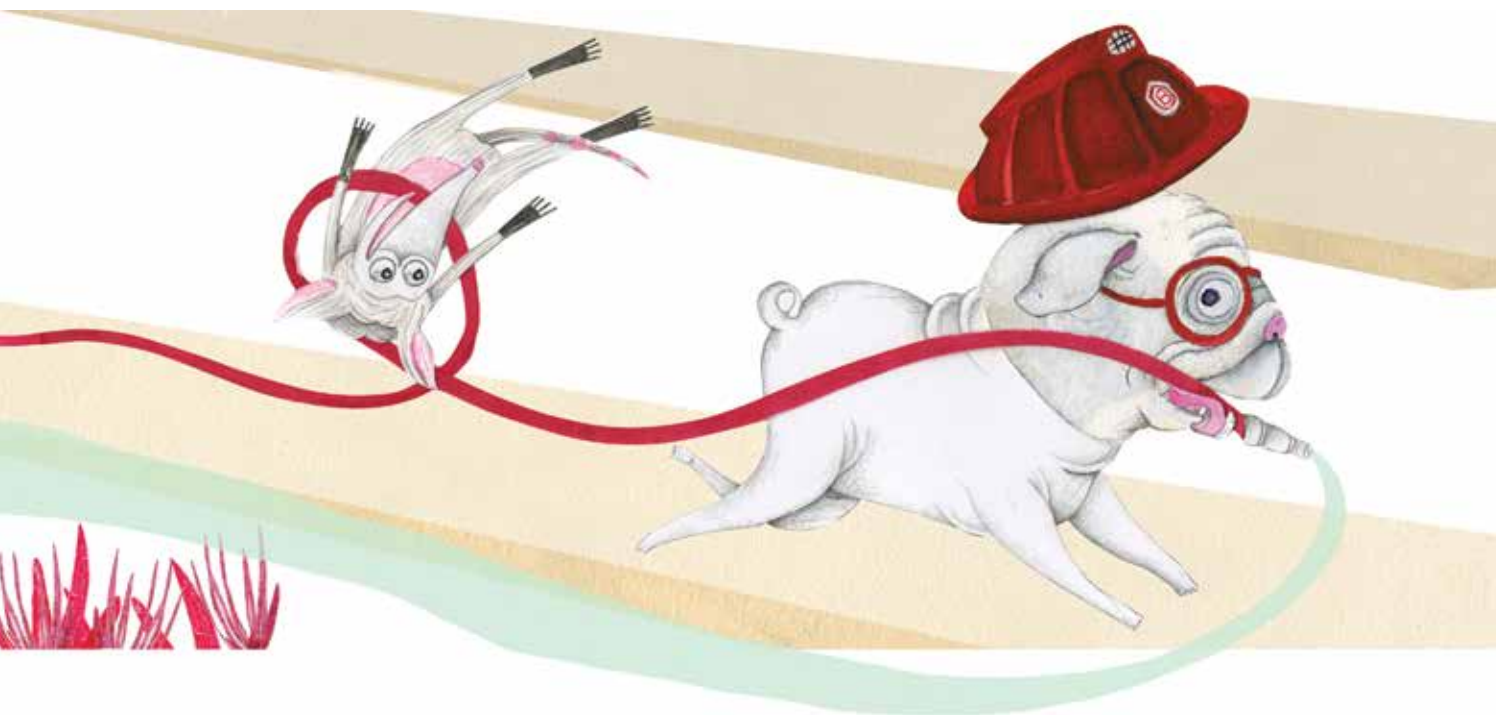
Al principio lo aceptaron sólo como mascota, pero a estas alturas podrán imaginarse que nuestro amigo, tenaz como siempre, insistió e insistió en acompañarlos en sus misiones de rescate y sal-

vamento hasta que demostró su valor y su capacidad.

Ha ayudado a apagar incendios forestales; ha guiado con sus ladridos a sus compañeros para encontrar víctimas desmayadas en medio del humo espeso. Para llegar a las personas atrapadas, desafía las llamas y camina sobre bardas o escaleras derrumbadas y se escabulle por los espacios más pequeños, llevándoles el oxígeno que las ayudará a sobrevivir, como en mi caso. También ayuda a bajar gatos de los árboles, aunque en esas ocasiones suele salir maltrecho porque los mininos no están acostumbrados a su rutina voladora y lo arañan con fiereza cuando los hace avanzar hacia la punta de la rama con el fin de que los bomberos que se encuentran al pie del árbol puedan recibirlos en una red.



A pesar de los rasguños, Octavio no les guarda rencor. Entiende que están sumamente estresados. Además, puede darse el lujo de ser generoso: es un perro muy feliz que se dedica a hacer lo que más le gusta en la vida y tiene un refugio en Anganguero donde se rodea de los que lo quieren desde siempre. Sus medallas al valor están colgadas al lado de sus cuadros abstractos en la sala de la señora Camila.



¿Entonces qué? Ustedes son los jueces. ¿Cuál es su veredicto? ¿Estaba yo en lo correcto? ¿Es Octavio un ser especial? No dejen de enviarme sus opiniones, las compartiré con gusto.

Ah, una última nota antes de apagar la computadora: en nuestro último encuentro, Octavio me entregó el reporte de los expertos en incendios. La bodega en la que me encontraron fue quema-

da intencionalmente. Al parecer, estoy pisándole los callos a algunas personas del bajo mundo y tal vez mis otros accidentes también fueron provocados. Mi nuevo amigo y yo estaremos trabajando juntos para desenmascararlos. Manténganse al pendiente, espero tenerles noticias pronto.

Un abrazo.

J. en la Torre

Verdades

J. Alatorre / 9

Entrevista con Manuela,
la tarántula

La llegada de los perritos Sancho-Ronda / 15

Entrevista con la mismísima
Tomasa Botella

Un perrito estrellado / 19

Entrevista con la Muñeca y Gregorio

Diferente / 25

Entrevista con la señora
Camila Sancho-Ronda

Cables cruzados / 31

**Entrevista con Minerva,
la madre de Octavio**

Creciendo aparte / 37

Entrevista con sus hermanos

Reencuentro / 41

**Entrevista con Misifús
y su banda de gatos**

Un nuevo reto / 47

**Entrevista con Rayo,
el caballo**

Perseverante / 55

**Escalofriante entrevista
con Brutus**

La montaña va a Mahoma / 61

La vida te da sorpresas / 67





Irma Calvo estudió comunicación porque le gustaban las humanidades; aunque su pasión, en realidad, son las historias. Un buen día, decidió convertirse en escritora de clóset, pero cuando puso el punto final al relato de unas hermanas que quieren aprender vudú, se armó de valor y envió el texto a un concurso. Surge así *De gatos y de magia*, publicado por Editorial Norma en 2014. Desde entonces, la autora ha dado un giro a su vida profesional, haciendo traducciones e imaginando nuevas aventuras.

Irma Bastida Herrera siempre ha tenido las orejas muy grandes; en ellas, desde pequeña, guarda las historias que sus papás le cuentan; ahí también almacena las letras favoritas de escritores y músicos. Con el tiempo ha desarrollado cierta habilidad que le permite traducir en imágenes las palabras de poetas, narradores y ensayistas que luego acomoda en libros para chicos y grandes. Cuentan por ahí que en 2013 recibió el reconocimiento Golden Apple de la Bienal de Ilustración de Bratislava por el libro *La lectura. Elogio del libro y alabanza del placer de leer*, de Juan Domingo Argüelles. Parte de su obra se encuentra en <http://ibasther.blogspot.com>.

Rocío Solís Cuevas estudió la maestría en diseño editorial del Centro de Estudios Gestalt y el diplomado en ilustración de la Academia de San Carlos; su trabajo ha sido seleccionado en el Cuarto Catálogo Iberoamericano de Ilustración (2013). Ha diseñado e ilustrado publicaciones para el Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, el Consejo Estatal de Población del Estado de México, el Instituto Electoral del Estado de México, Amaquemecan y Editorial Aguilar. Su trabajo puede ser consultado en rociosolis.wordpress.com.



Octavio, ¿un pug chiflado? de Irma Calvo, se terminó de imprimir en diciembre de 2018, en los talleres gráficos de Universal GP, S. A. de C. V., ubicados en Ayuntamiento núm. 27, colonia Del Carmen, delegación Coyoacán, C. P. 04100, Ciudad de México. El tiraje consta de tres mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Sassoon Infant, de Rosemary Sassoon. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz y Rocío Solís Cuevas. Formación, portada y supervisión en imprenta: Irma Bastida Herrera y Rocío Solís Cuevas. Cuidado de la edición: Gustavo A. Guerrero Rodríguez, Delfina Careaga y Becerra, Ada Villanueva Ramírez y la autora. Editor responsable: Félix Suárez.